

## LA CORTE DEL REY ARTURO

Por Santiago Sevilla

Entre los prados y arboledas que rodean Westminster contemplamos un cortejo cortesano que acompaña a la reina Ginebra. Rodean a la bella y joven señora diez damas con sus respectivos caballeros, y éstos asistidos por sus escuderos. Todos van disfrazados como espíritus del bosque, ataviados en seda verde, coronados con guirnaldas de hiedras y flores, y aderezados con pecheras de musgo.

A sabiendas que Don Lancelote, formidable contendor, se encuentra ausente, Don Meliagrón, hijo del rey Bagdemago, quien por muchos años ha sido secreto enamorado de la reina, ha dispuesto una celada para capturarla y gozar de ella. Con veinte hombres de armas y cien arqueros, Don Meliagrón se presenta y rodea de improviso el cortejo de la reina a quien confronta amenazante. La reina Ginebra, muy airada, le habla así:

-“Sinvergüenza! Tú, príncipe, estás traicionando a tu propio padre y a tus compañeros caballeros de la Tabla Redonda, y ante todo al rey y señor Don Arturo que te consagró caballero. ¡Qué crimen! Te advierto que antes de ser deshonrada por el traidor que eres tú, he de quitarme la vida.”

Le responde Don Meliagrón:

-“Paz, Señora, paz contigo...Por muchos años te he amado secretamente, y ahora, que ha llegado el momento, voy a gozarte tal cual.”

En este punto, unos de los caballeros que cuidan de la reina, toma la palabra y dice:

-“ Señor, ¿No tenéis miedo de mancillar vuestro honor y poner en riesgo de muerte vuestra persona? Verdad es que nos tenéis rodeados y a merced de vuestras fuerzas, es cierto que somos pocos y vamos mal armados. Pero no dudéis que daremos buena cuenta con nuestros actos, en defensa del honor de nuestra reina...”

Don Meliagrón le increpa:

-“Pues entonces, lo mejor que podáis, defendeos!”

Los caballeros que acompañan a Don Meliagrón atacan con sus lanzas y los señores de la reina se defienden con sus espadas. Una batalla sangrienta se desata y pronto yacen heridos por los suelos diez caballeros de la reina y cuarenta señores de Don Meliagrón. La reina está aterrada de ver semejante sangría y se dirige a Don Meliagrón:

-“Señor, voy a seguirte a dónde quieras, bajo una condición: Que no mates a ninguno de mis caballeros y que ellos me acompañen al lugar donde vayamos. Si así no fuere, me quitaré la vida este mismo rato...”

Don Meliagrón, triunfante y arrogante, le responde:

-“Señora, por tu bien, perdono la vida a tus caballeros. Y todos vosotros seréis llevados a mi castillo.”

La reina manda a sus caballeros parar el combate. Al punto, los señores le obedecen y los caballeros heridos vuelven a montar en sus palafrenes. Para la reina, este espectáculo es muy doloroso. En este punto Don Meliagrón impera con poderosa voz:

-“Que nadie se aleje del grupo, si no quiere que lo matemos al instante!”

Mas la reina se da mañas para murmurarle en secreto a uno de sus pajes:

-“Galopa de vuelta, cuando puedas, de improviso, e informa a Don Lancelote”.

El muchacho espera cauteloso y cuando menos lo vigilan, parte a galope tendido. Don Meliagrón lo persigue, mas no logra alcanzarlo y regresa furioso ante la reina:

-“Señora, ya veo que quieres traicionarme con Don Lancelote. No obstante, ya sabré yo tenderle una celada.”

Don Meliagrón dispone que treinta de sus mejores arqueros se oculten, en espera de Don Lancelote, para flechar su caballo. Los demás cabalgan hacia el castillo. Lo caballeros de la reina la rodean y guardan.

A todo esto, el pajecillo se allega hasta la corte del rey Arturo, encuentra a Don Lancelote y le cuenta las cosas que han pasado. Don Lancelote clama de inmediato por su armadura de hierro y por su corcel. Al mismo tiempo dice:

-“Daría mis reinos de Francia por enfrentarme solo, pero con todas mis armas, contra esa caterva de malandrines!”

Una vez jinete bien montado, Don Lancelote ordena a sus subalternos:

-“Id y buscad a Don Lavayne, decidle lo que ha sucedido, y pedidle que me siga al castillo de Don Meliagrón.”

Galopa Don Lancelote hasta la rivera del Támesis y lo cruza a nado sobre su caballo, llega hasta Lambeth y sigue luego velozmente hacia el castillo. Pasa por sobre el campo de la reciente batalla y sigue la huella hasta un lugar donde le detienen los arqueros emboscados. Don Lancelote les increpa:

“¿Con qué derecho os atrevéis a acometer, desde vuestro cobarde escondite, a un caballero de la Tabla Redonda?”

“¡Señor dad vuelta y retroceded, o mataremos vuestro caballo!”

-“¡Canallas! ¿Así que vais a matar mi caballo? Os desafío a salir de la emboscada y venir a enfrentarme todos a una y combatir. Aunque fuereis quinientos, os he de matar a todos.”

Los arqueros disparan sus flechas sin más, hiriendo a Don Lancelote y a su caballo, con tal violencia, que ambos van a darlas contra el suelo. Los arqueros huyen a continuación. Don Lancelote pretende perseguirlos, pero encuentra vallas de varas trenzadas y zanjas preparadas por ellos para impedirselo. Su caballo está muy malherido. Don Lancelote se lamenta:

-“Bien se ha dicho que un valiente nunca está en peor peligro, que cuando enfrenta una montonera de cobardes miserables!”

Camina entonces paso a paso hacia el castillo, abrumado por el peso de su armadura y de su escudo. En este rato encuentra una carreta cargada de leña.

-“Buen cochero. Te ruego que me lleves al castillo que no está más lejos que dos millas.”

-“Señor he venido a recoger leña.”

-“¿Para quién?”

-“Pues para Don Meliagrón”.

-“Justamente quiero llegar a su castillo”.

-“No señor, no podréis venir conmigo.”

Don Lancelote camina hasta la carreta y golpea al carretero con el anverso de su mano. El carretero cae muerto. El otro cochero que le acompaña al ahora fenecido, temiendo por su vida, implora a Don Lancelote:

-“Mi señor, perdonadme la vida y yo he de llevaros a dónde queráis”.

-Así sea, y llévame al castillo de Don Meliagrón.”

El cochero apura a su jamelgo trotón y el caballo de Don Lancelote les sigue, erizado por cuarenta flechas clavadas en él.

Mientras tanto, en el castillo de Don Meliagrón, la reina Ginebra y una dama de compañía se encuentran en lo alto de un balcón y observan la aparición de una carreta que lleva un caballero a cuestas. la dama le dice a la reina:

-“¿Señora, podéis ver ese caballero sentado en la carreta? ¿Será que lo llevan a ahorcar?”

-“Pero dónde?”- La reina escudriña la aparición y reconoce de inmediato a Don Lancelote por la heráldica de su escudo. Atrás ve que le sigue su muy sufrido caballo, cuyas entrañas le cuelgan de la barriga hasta el suelo.

La reina Ginebra aterrada, exclama:

-“¡Horror y vergüenza! Ya veo lo que ha sucedido: Es Don Lancelote quien va en aquella carreta y su fiel malherido corcel, le sigue falleciente. Mal haces, amiga mía, en creer que se trata de un reo que llevan al cadalso.”

Don Lancelote ha llegado, mientras tanto, ante los portones del castillo. Con su poderosa voz llama, de tal modo, que quienes están en él hospedados, le oyen muy claramente:

-“¡Don Meliagrón, traidor y cobarde! Sal con tus secuaces y pelead todos a muerte contra mi. Yo soy Don Lancelote del Lago quien os desafía!”

Don Lancelote abre el portón y ataca al guardia portero propinándole un golpe con su guante de malla, que le rompe la nuca. Escuchando las voces de Don Lancelote, Don Meliagrón acude presuroso a los pies de la reina Ginebra y le implora:

-“¡Merced... Buena reina y señora, protégeme!”

Doña Ginebra le pregunta:

-“¿Señor, que te aqueja? Pensaba que un buen caballero ha venido a rescatarme, aunque el rey Don Arturo aún no sabe de tu pérfida fechoría...”

Don Meliagrón prosigue con su lamento:

-“Señora, quisiera obtener tu gracia y merced. Permíteme reparar mis errores.”

La reina le responde sorprendida:

-“Señor ¿Qué quieres que haga yo?”

-“Señora, intercede ante Don Lancelote a mi favor. Indícale que ambos vosotros seréis atendidos y festejados esta noche en mi modesto castillo, y que mañana cabalgaremos hasta Westminster, donde enseguida mi persona y mis estados pasarán a tus manos para que dispongas de ellos.”

-“Señor, será mejor que cedas en paz ante Don Lancelote, con quien voy ahora mismo a parlamentar.”

Don Lancelote, mientras tanto, sigue dando grandes voces:

-“¡Traidor, sal a enfrentarme, miserable!”

Doña Ginebra aparece en el patio del castillo y dice a Don Lancelote:

-“Señor, qué te trae?”

Don Lancelote, sorprendido y extrañado, le dice:

-“Señora mía, qué raro es esto que me preguntas. ¿No fuiste asaltada y deshonrada? Yo, que sólo he perdido mi noble bruto, juro que no he de descansar, hasta no haber resarcido esas ofensas.”

Doña Ginebra le responde:

-“En verdad, señor, que ya no es necesario. Don Meliagrón ha prometido entregármeme incondicionalmente con sus estados y su persona. De este modo, entra tú en tono de paz.”

Pero Don Lancelote no está por apaciguarse y le insta:

-“Señora, si hubiese sabido que habrías de reconciliarte tan fácilmente con ese cobarde y traidor, no me habría apurado a rescatarte. No parece haber sido de ninguna urgencia.”

-“Pues tampoco es como dices. No me he reconciliado con Don Meliagrón por simpatía hacia él, sino por evitarnos a ti y a mí, el escándalo de más batallas”.

-“Señora, sólo vuestro comando o la orden impartida por el rey pueden permitir que Don Meliagrón se me escape así nomás. Pero yo, no menos que tú, aborrezco el escándalo”.

Ginebra sonríe y exclama.

-“¡Qué mejor, si para ti, mis deseos son órdenes!”

-“Señora, dices la verdad. Servirte es mi placer.”

La reina toma a Don Lancelote de la mano, de la que él ya se había sacado el guante, y le lleva a sus habitaciones, donde le ayuda a desprenderse de su armadura. La ventana que da al jardín está abarrotada. Ella le dice:

-“Don Lancelote, debes visitarme esta noche, tan pronto todos los que habitan este castillo estén dormidos...”

-“Señora mía, será para mi un placer cumplir con tu deseo...”

Poco tiempo después, Don Lavayne ha llegado acudiendo al reclamo de su presencia por Don Lancelote, a quien visita en sus aposentos:

-“Señor mío Don Lancelote, cómo ha pasado esto, que tu caballo ha sido malamente flechado?”

-“Don Lavayne, ya todo está arreglado pacíficamente. No hablemos más del asunto. Ahora debo acudir al aposento de la reina. Ella me ha pedido que vaya a conversar.”

-“Don Lancelote ¿No quieres que te acompañe? No podemos imaginar la traición que pueda tramar Don Meliagrón...”

-“Muchas gracias, Don Lavayne, pero debo ir solo.”

Armado apenas con su espada, Don Lancelote se acerca sigiloso por los corredores del palacio y se desliza al jardín, donde se apropia de una escalera que había visto anteriormente y la pone contra la pared para subir hasta la ventana barrota, donde le espera la reina Ginebra.

-“Mi señor, qué pena que tengas que quedarte ahí afuera...”

-“Señora mía, quisieras acaso que yo entre?”

-“Mi señor, claro que sí.”

Don Lancelote agarra los barrotes y de un brusco tirón, los extrae de su entramado de piedra y se corta hasta el hueso la palma de la mano. Entra al aposento de la reina, se acuesta con ella y le hace el amor. Al llegar la aurora, Don Lancelote parte de nuevo silenciosamente, cuidando de reponer los barrotes en su lugar de la ventana.

Sorpresivamente, Don Meliagrón aparece al amanecer en la cámara de la reina y pasando sobre la cama, jala las cortinas y en plena luz observa las manchas de sangre entre las sábanas.

-”¡Ahá! Ya veo señora que has traicionado a tu señor el rey. Sin duda te has refocilado con alguno de los caballeros heridos. Voy a tomar este asunto en mis manos.”

-“Señor, lo que dices es falso. Ninguno de estos caballeros es culpable.”

Uno de los caballeros heridos que acude a su reina, exclama:

-“Señor ¿Cómo os atrevéis a difamar a nuestra reina? Estad seguro que uno de nosotros ha de defenderla como su campeón, tan pronto estemos curados de nuestras heridas de combate.”

-“Olvidaos de vuestras orgullosas palabras y venid a ver las sábanas ensangrentadas.”

Los caballeros heridos vienen todos a ver la cama y quedan perplejos ante la innegable evidencia de las sábanas sangrientas. Don Meliagrón se regocija, convencido que ha puesto a la reina en desventaja, de modo de lograr desvanecer su propia culpa de traición. Pero entonces aparece Don Lancelote...

-“¿Qué ha pasado aquí?”

Don Meliagrón le explica:

-“Señor, no es tu papel, ni el de ningún señor, el inspeccionar el lecho de la reina. Tal acto es francamente indigno...No creo que ni el rey se atrevería a correr las cortinas de la cama de esta gran dama, si no fuera para yacer con ella. Aunque eres gran hipócrita, deberías agachar tu cabeza en vergüenza ante lo sucedido. La verdad es que la reina ha cometido traición y yo estoy dispuesto a probarlo por fuerza de las armas.”

Don Lancelote le replica:

-“¡Cuidado con lo que dices, cobarde! Que tu desafío puede ser aceptado.”

Le responde Don Meliagrón:

-“Por esta causa en particular, yo no temo a nadie, ni a ti, famoso caballero que eres, pues es muy justa y Dios estará sin duda de mi lado en cada golpe de tal batalla.”

Lancelote insiste:

-“Pues si, en verdad que hay que temer el juicio de Dios. Pero yo juro que ninguno de estos diez caballeros heridos ha estado gozando a la reina durante la noche pasada. Por tal razón, yo acepto tu desafío.”

Don Meliagrón le arroja el guante y Don Lancelote lo recoge.

-“¿Cuándo hemos de combatir?”

-“En ocho días, en el campo de Westminster.”

-“¡Muy de acuerdo!”

Don Meliagrón cambia de tono y muy conciliador, dice:

-“Don Lancelote, como eres un caballero honorable, confío que no tramarás traición alguna. Tampoco lo haré yo. Y por esto, hasta el día de nuestra singular batalla, andemos reconciliados. Pronto nos reunamos a cenar todos juntos. Hasta tanto permíteme guiarte para que conozcas mi castillo.”

-“Señor, en mi vida jamás he tramado una traición. Guíame, si quieres, por este famoso castillo.”

Sin sospechar nada, Don Lancelote sigue en pos de Don Meliagrón de cámara en cámara, hasta que cae por una trampa del entablado, a un cuarto lleno de tamo y paja, treinta pies más abajo.

Don Meliagrón se burla a carcajadas:

-“¡Te atrapé Don Lancelote! Y ahora mis sirvientes y escuderos id a esconder el caballo de Don Lavayne.”

Unos mozos se llevan el caballo de Don Lavayne.

Llega la hora de la cena y la reina Ginebra, los caballeros heridos, Don Lavayne, Don Meliagrón y sus caballeros y escuderos se sientan a la mesa.

Don Meliagrón se lamenta:

-“Don Lancelote no aparece...Tampoco está visible el caballo de Don Lavayne. Seguramente Don Lancelote se ha ausentado yéndose en pos de alguna nueva aventura tal se sabe, que suele hacer...”

Los convidados se extrañan mucho, pero ya les sirven la cena. Una sopa y abundante vianda de carne y embutidos. Vino y cerveza se escancian con

largueza. Queso y miel llegan de postre. Música y diversiones se ofrecen a los asistentes hasta muy entrada la noche.

Pero a la mañana siguiente, Don Lavayne logra que se le pongan a disposición literas de a caballo para trasladar a los heridos y toda la corte de la reina enfila hacia Westminster.

La gran acusación del señor Don Meliagrón se presenta ante el rey.

El rey Arturo la conoce y dice:

-“Me admira que tú, señor, te atrevas a enfrentarte a Don Lancelote. ¿Pero dónde está él?”

Don Meliagrón, muy cínico, le responde:

-“Señor, creo que se marchó en pos de alguna aventura, como suele hacer...”

-“Bueno, que así sea”- exclama el rey Don Arturo. -“Sin duda ha de volver a tiempo para la contienda. No sea que alguna celada y traición lo detengan.”

A todo esto, Don Lancelote sufre prisión en su celda, casi desesperado de su impotencia. Su comida y bebida la trae siempre Doña Elena, una noble dama. Ahora ella le dice:

-“Don Lancelote, yo os puedo dar la libertad, si consentís en aceptarme como vuestra enamorada.”

-“Señora, debo rechazarlo.”

-“Señor, no eres ni sensato, ni sabio. Pues no solo que jamás saldrás de aquí, sino que la reina morirá en la hoguera, si continuas rechazándome.”

-“Dios no quiera que yo sea persuadido de este modo. Comprended señora, que si yo no me presento en la palestra, la reina sabrá que estoy enfermo o muerto, o que he sido perversamente retenido por la fuerza en contra de mi voluntad. Y entonces estad segura que algún otro caballero de mi sangre, o uno de los señores compañeros de la Tabla Redonda ha de batirse por la reina, en mi nombre. Por lo demás, aunque fuereis la única dama en este reino, yo no sería vuestro amante.”

Pero Doña Elena insiste:

-“Pues, Don Lancelote, moriréis indignamente en esta mazmorra!”

-“Señora, sufriré gratamente la suerte que Dios me depare.”

-“Señor Don Lancelote, habéis perdido la cuenta del tiempo transcurrido. La batalla debe celebrarse hoy mismo. Tienes demasiado duro el corazón.

Os ruego, besadme una vez tan sólo y os pondré en libertad.”

-“Mi señora, os concedo lo que me pedís. Esto no me causa deshonor.”

Don Lancelote besa arrobadamente a la noble señora Doña Elena por un buen rato. Después ella la aporta su armadura y cuando él se la ha vestido, le conduce a los establos para que escoja el mejor corcel de entre doce palafrenes que están en pesebrera. Don Lancelote prefiere montar en una yegua blanca a la que ensillan y aperan. Toma su escudo, empuña su lanza y se despide cortésmente de Elena, la noble señora.

-“Doña Elena, os agradezco y pido que si alguna vez reclamáis mi protección, haré todo lo que esté en mis manos por servirlos fielmente.”

Mientras tanto, y a pedido de Don Meliagrón, el rey ha dispuesto que se levante una pira en el campo de Westminster para que se queme en la hoguera a la reina si no aparece Don Lancelote. Muy de mala gana, el rey da la orden de poner fuego a la pira, cuando la hora del enfrentamiento ha pasado.

-“¡Por orden divina, encended la pira!”

Don Lavayne sale al paso y le dice al rey:

-“Señor, es imposible que Don Lancelote le haya fallado libremente a la reina. Alguna desgracia le ha pasado. por eso te ruego que me permitas luchar en su lugar y a nombre de Don Lancelote, en defensa de la reina.”

-“Está bien, Don Lavayne, hazlo tal te place. Y en verdad, no hay uno solo de los caballeros heridos, que no haya jurado que combatirían por la causa de la reina, tan pronto estuvieren curados, convencidos de la justicia que le asiste.”

-“¿Mi señor, así que me das licencia para batirme en lugar de Don Lancelote?”

-“Si, Don Lavayne te la doy.”

Don Lavayne se arma y cabalga al un confín del campo y entonces, los heraldos disponen:

-“¡Que comience la justa!”

Pero en este mismo momento llega Don Lancelote galopando y frena ante el rey.

-“¡Detened!”

Don Lancelote se acerca al oído del rey y le cuenta la historia de la traición vil de Don Meliagrón. La reina es desatada de sus ligaduras y llevada ante el rey, y entonces Don Lancelote se aposta al final del campo. Los dos combatientes se lanzan al galope tendido, lanza en ristre, y cuando chocan, Don Meliagrón sale despedido en volantín hacia atrás de su silla y cae tras la cola de su caballo contra el duro suelo, en gran estrépito. Se levanta espada en mano. Don Lancelote desmonta y echa pie a tierra, desenvaina su espada y los dos enemigos combaten ferozmente durante un tiempo. Pero de pronto Don Lancelote alcanza a golpear fuertemente en el yelmo de Don Meliagrón y le manda tambaleando a caer de nuevo al suelo. Don Meliagrón grita:

-“Señor muy noble, te ruego como a caballero de la Tabla Redonda, que me perdones la vida. Me declaro prisionero del rey y de la reina.”

Don Lancelote levanta a ver a la reina. Quiere dar muerte a su oponente y espera un signo de aprobación. La reina aprueba levemente con una venia. Don Lancelote se dirige a Don Meliagrón:

-“Levántate cobarde, vamos ahora a batirnos a muerte!”

-“No he de levantarme, señor, sino como tu prisionero.”

Le responde Don Lancelote:

-“Te planteo una propuesta: Me sacaré mi yelmo, y mi armadura del lado izquierdo, mi mano izquierda quedará a atada a mis espaldas para que no pueda usarla. ¿Combatirás así contra mi?”

-“Mi señor y rey Don Arturo: ¿Has oído la propuesta de Don Lancelote? ¡Pues yo la acepto!”

El Rey se asegura:

-“Don Lancelote ¿Ratificas tu propuesta?”

-“Si mi señor, la confirmo.”

A Don Lancelote lo preparan de acuerdo a sus propias instrucciones. Le retiran el yelmo y le descubren la armadura del lado izquierdo. Después su mano izquierda la amarran firmemente atrás a sus espaldas. De nuevo los dos combatientes se enfrentan. Don Meliagrón lanza una estocada a la izquierda descubierta de Don Lancelote. Éste la para y desvía con su espada y con la misma viada golpea a Don Meliagrón sobre el yelmo. El tajo corta el casco y parte en dos la cabeza hasta bajo el cuello y el pecho. La reina ha quedado a salvo. Muerto Don Meliagrón, es sepultado de inmediato. La manera de su muerte se registra en una inscripción de la lápida en su tumba:

Aquí yace el esqueleto,  
para siempre mudo y quieto,  
del infame Meliagrón.  
Temerario fue su reto,  
inspirado en la pasión.  
Lancelote, ante traición,  
a través de yelmo y peto,  
le atraviesa el corazón.

Y desde este momento en la corte, Don Lancelote ha sido muy querido, tanto por la reina, como por el rey...

**Fin**

Fuentes: -Chrétien de Troyes “Lancelot, le chevalier de la charrette” 1185  
-Sir Thomas Malory “Le Morte d’Artur” 1485  
-Keith Baines King Arthur - Legends of the Round Table 1962

